

Al señor E. R.

Si yo le digo a Ud: «No existen en verdad culpas ni méritos; no hay libre albedrío; lo que se entiende por *voluntad* es una ilusión; Ud. y yo y todos no podemos portarnos diversamente de como nos portamos, en virtud de un determinismo implacable—que con igual razón puede llamarse material o espiritual— y que así permite predecir un eclipse como presentir o profetizar un suceso de cualquier otro género», ¿por qué habría Ud. de considerarse personalmente ofendido?

Pero si le hablo de este otro modo: «Existen ciertamente el libre albedrío, el honor, la responsabilidad. Hay acciones morales y actos físicos fundamentalmente distintos. El carácter de lo moral es la libertad; el de lo físico es el determinismo. Fuera del orden físico, argüir de presentimientos o de post-sentimientos, de pronósticos, de predestinación, de costumbre o de herencia, es caer en el monismo (panteísmo, materialismo, etc.) confundiendo el espíritu con la materia». . . . Y si agrego luego, como quien *se desdice y no se desdice*: «Ud. y yo somos ambos personas de bien; pero con una gran diferencia: yo lo soy conscientemente; Ud., no obstante el haber dado siempre pruebas de *intenso razonamiento*, ha sido bueno automáticamente, por atavismo o por hábitos que le fueron inculcados durante la niñez. ¡Guay de Ud. el día en que